

profundamente triste, y también profundamente hermosa.

Retomando la imagen de Kristeva, el mosaico que posibilita *Herir la perfección* no acaba en lo literal, en los artistas plásticos referidos; sino que apela a la propia construcción del mosaico, a la sensibilidad para receptar, para contemplar y hallar belleza en una realidad prosaica. Aunque esta se encuentre llena de dolor, incomprensión y nostalgia, la existencia maravilla en tanto posibilita encontrar en su seno el sentido que sepamos crearle.

ANDRÉS CADENA,
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
SEDE ECUADOR

SALVADOR DE MADARIAGA,
Guerra en la sangre,
Madrid, Fundación José Antonio
Castro, 2012

Los hijos de los Manriques y Esquiveles, sagas familiares protagonistas de la pentalogía *Esquiveles y Manriques* de corte histórico y ambientada en México, Venezuela, Cuba, Jamaica y Perú en los años de la colonización de América, son los motores argumentales de *Guerra en la sangre*. Esta novela, obra del coruñés Salvador de Madariaga, (1886-1978) ha sido publicada por la española Fundación Castro, siguiendo la edición de la editorial Sudamericana de Buenos Aires de 1957, en la Colección Horizonte, y es la segunda del citado ciclo narrativo.

Salvador de Madariaga, ingeniero de minas de formación, de pensamiento liberal y federalista, embajador español en Washington y París que se carteo con personalidades como Churchill o Camus, ministro en el Gobierno de Lerroux, catedrático de Lengua y Literatura Española en Oxford, galardonado con los premios Goethe y Carlomagno, leyó su discurso de ingreso en la RAE 40 años después a causa de su exilio, un dato insólito en la historia de la institución. Su obra literaria comprende ensayo (destaca su guía sobre *El Quijote*), poesía de ligera y clara belleza, y narrativa, entre la que se halla la novela *Guerra en la sangre* que reseñamos y cuyo inicio de redacción se produce tras la publicación de su ensayo *El ocaso del imperio Español en América*.

Los Manriques y Esquiveles tienen un punto en común, una tragedia íntima que confluye, el mestizaje de sus linajes, lo cual llena de rabia y pertur-

ba al hijo de Alonso Manrique, Rodrigo. Pero estas dos sagas están acompañadas en sus peripecias por personajes históricos como el Virrey de México, Antonio de Mendoza, un Hernán Cortés venido a menos, Pedro de Alvarado y los padres Zumárraga y Sahagún. Precisamente será el Virrey quien despliegue una política apaciguadora para calmar la rivalidad entre aristócratas y comerciantes, entre cristianos viejos, prósperos y nobles (Manrique) y los conversos acomodados que empatizan con el pueblo (Esquivel), sosteniendo “amistad con los caciques, nada de ocasiones para que se alborote la india. Discreción” para que nadie se alce en armas entre 1537 y 1541 en México, fecha y lugar en los que transcurren los acontecimientos novelados. En el mismo sentido conciliador, el padre Marcos cuenta que “estos indios son hombres como nosotros: unos buenos, otros medianos, otros malos y otros peores. Como nosotros...”. Sin embargo, hay muchos partidarios de las armas, como Alonso Manrique, quien sostiene que “no hay otro modo de cambiarle la religión a un pueblo que la conquista”. Esa pugna queda plasmada en la novela sin resolverse.

Madariaga emplea el diálogo como principal recurso narrativo, logrando así que los personajes, mediante sus propias palabras, identifiquen ante el lector su manera de discernir, su carácter, sus entrañas, su psicología en definitiva. Pero Madariaga llega al extremo de dialogar situaciones que podían haber sido narradas, percibiéndolas el lector por medio de los puntos de vista de los personajes presentes mediante el empleo de la tercera persona omnisciente o la primera persona del monólogo in-

terior, ahondando en la postura de que sean los propios personajes los que desvelen gradualmente su interioridades al lector, ya sean o no oníricas. De hecho la novela reúne muchos requisitos para ser adaptada a los escenarios o, incluso, al cine, género que atraía a Madariaga.

El hilo conductor entre esos diálogos es la cotidianeidad de la vida en la tierra colonizada o la intrahistoria, aderezado con la idea de que en una persona conviven varias en función tanto más del mestizaje sanguíneo que corra por sus venas que de la clase social a la que pertenezca el antepasado. Sirva como ejemplo Rodrigo, un español agriado en su piel india.

El violento Rodrigo Manrique es el eje argumental de una novela, donde el amor tiene una especial preponderancia, como lo demuestran las idas y venidas sentimentales del propio Rodrigo primero con la india Mariposa, a la que embaraza sin pasión, y luego con la cristiana Catalina, las posteriores de la propia Catalina con el recién llegado de Salamanca, Luis Esquivel, las de Isabel Manrique y Fernando Alvarado, a pesar de los lances y percances de la conquista de las sierras adustas de Quivira. Esa maraña amorosa se urde sin perder de vista los intereses económicos y de poder social de las familias, quienes no dudan en utilizar a sus hijos como moneda de cambio en su provecho, sin atender a las razones del corazón. Es el caso de Catalina, hija del conquistador Juan Alvarado, a todas luces “fea”, que se enamora de Luis Esquivel y es correspondida por él, aunque todos ven en esa una unión de conveniencia: Esquivel lograría una magna dote y Alvarado solucionaría sus problemas

con la Cancillería, merced al cargo de Luis. A pesar de que Luis, hijo de reconciliado y nieto de quemado en la hoguera, se acerca a ella por consejo de su padre y llega a reconocer los estragos de la viruela en el rostro de Catalina, acaba por rendirse a su hermosura interior sin necesidad de dote alguna o herencia, a la que termina renunciando.

Rodrigo, machista, vengativo, rencoroso sin tregua que a todos ofende a sus 17 años, ya sea padre, hermana o perro, tiene un problema, que radica, en palabras del padre Sahagún, en que vive “entre dos sangres. Para los españoles es indio. Para los indios es español. Si parece indio, lo mejor será darle descanso haciéndole vivir entre los indios”. A ello hay que sumarle su incapacidad para amar una mujer, porque “no sé lo que es amor... sino que es una cosa que cuentan en los romances”, así como su falta de personalidad, sucumbiendo a los maliciosos y perniciosos deseos de Carlos Cuanacoch o Culebra-de-Zarcillos, hermano de la mujer de Alonso Manrique, una cristiana ejemplar para mayor nudo. Pero el nudo se enreda más cuando se sabe que Rodrigo ha hecho vida de pagano mexicano, se ha alejado de la fe cristiana y Mariposa le ha dado un hijo antes de fallecer, un indio de ojos azules. El terremoto en la casa de los Manrique es de una considerable magnitud y hace temblar hasta a su madre, personaje imperturbable y de una caridad y bondad sin límites. El Virrey necesita un castigo ejemplar para evitar que los indios prosigan con su culto pagano y todo apunta a un perjudicado. Sin embargo, no logra evitar la rebelión en la tierra norteña de los indios pobres, que tienen poco que perder y que están li-

derados por aquel que dice recibir el influjo del brazo de Moteczuma y de la cabeza de Utitzilópochtli.

Por tanto, los ingredientes romántico y de aventuras no faltan en la novela, puesto que los españoles colonizadores entablan relación con los indios y ese choque vital le sirve a Madariaga de sostén de la trabazón narrativa de una novela con final abierto y con alienato literario de valía, gracias a los certeros diálogos y a la evolución gradual y atinada del argumento. Madariaga no defrauda.

CARLOS FERRER